

¿QUE TIPO DE ECONOMIA SOCIALISTA?

Tom Bottomore

Hace un par de años el desplome repentino de los regímenes comunistas en la Europa del Este tomó por sorpresa no sólo a los observadores externos, sino también a los movimientos de oposición y a las propias poblaciones de aquellos países. Casi de la noche a la mañana todo un orden social se desintegró y hubo que instaurar uno nuevo. En la esfera política los objetivos principales de la oposición estaban relativamente claros y contaban con un apoyo muy amplio —el establecimiento o restauración de la democracia parlamentaria y, en sentido más amplio, de toda una gama de derechos civiles y políticos—, y el progreso hacia estos objetivos fue bastante rápido. Sin embargo, en esta situación, se subestimó o se pasó por alto un factor: el resurgimiento del nacionalismo y de los conflictos nacionales, que han alcanzado hasta el momento su culminación más trágica en Yugoslavia. Pero estas cuestiones quedan fuera del tema que ahora me ocupa, aunque tienen algunas consecuencias para la situación económica.

Las ideas acerca de la reconstrucción económica se formularon con menos claridad y eran menos concretas. Al comienzo imperó, sin lugar a dudas, una concepción bastante utópica y muy generalizada de los beneficios económicos que se lograrían adoptando algún modelo capitalista occidental, de ahí que aquellos grupos que asumieron el poder en las nuevas democracias hayan adoptado en la mayoría de los casos políticas encaminadas a restaurar una economía capitalista cuyas

modalidades abarcaron desde el capitalismo del Estado de bienestar, que incluso se enfrenta a problemas importantes en el mundo capitalista, hasta un sistema de mercado libre de tipo *laissez-faire* que tropieza con problemas incluso mayores, particularmente en Gran Bretaña.

Las consecuencias económicas hasta hoy de las políticas poscomunistas seguidas en la Europa del Este pueden describirse sin ambages como devastadoras: una disminución muy sustancial en el PIB comparado con 1988/89, desempleo generalizado, niveles de vida mucho más bajos para una gran parte de la población, la pérdida de derechos sociales importantes, gran inseguridad, y una desigualdad en rápido aumento. Como resultado han surgido nuevos partidos de oposición de la izquierda democrática y, en una escala mucho mayor, hay una desilusión creciente con el nuevo orden social, un desencanto que también contribuye a alimentar a movimientos nacionalistas y grupos de extrema derecha.

Si todas o algunas de estas consecuencias podrían o no haberse evitado depende del punto de vista que se adopte. En mi opinión, como ya dije a comienzos de 1990, un proceso más gradual de cambio económico una vez derrotadas las dictaduras políticas —concentrándose en mejorar el rendimiento de las empresas de propiedad pública, alentando la producción y el comercio privado en las áreas donde es más apropiado y útil, y modificando, racionalizando y haciendo más respon-

sable a la maquinaria responsable de la planificación— habría sido más beneficioso para la población en su conjunto, y no sólo a corto plazo, sino también dentro de una perspectiva más amplia. Pero en la situación que imperaba en el invierno de 1989/90 quizás fuese comprensible que ese rechazo popular de las dictaduras estuviese acompañado por un deseo de abolir todo lo que estuviese relacionado con ellas. Lo que es lamentable es que no hayan surgido o no hayan conseguido más respaldo público unos dirigentes políticos con mayor amplitud de miras. La situación también se vio empeorada, sin lugar a dudas, por el enjambre de partidarios del libre mercado, especialmente de Gran Bretaña, Alemania, los Estados Unidos y el Fondo Monetario Internacional, que entonces se lanzaron sobre estos países.

En la actual situación sería muy poco prudente, en mi opinión, que los socialistas abandonaran, como algunos parecen inclinados a hacer, los elementos básicos de sus doctrinas económicas tradicionales y de su análisis crítico de la economía capitalista. No solamente hay caos económico en la Europa del Este, sino que el propio capitalismo occidental está sumido en una recesión profunda, para la cual nadie acierta a ver claramente una salida. La «edad dorada» del crecimiento sostenido y de la prosperidad creciente que se vivió desde la década de 1950 hasta mediados de la de 1970 pueden considerarse retrospectivamente desde dos puntos de vista: primero, como una fase expansiva en una de las «ondas largas» que caracterizan al ciclo económico capitalista; y en segundo lugar, y más importante, como el resultado de un sistema capitalista diferente, más «organizado», en que planificación y regulación de Estado, un gasto público muy aumentado y cierto grado de propiedad pública, desempeñaron un papel crucial. En mi opinión, tiene que seguir siendo un interés fundamental de los socialistas analizar este fenómeno del capitalismo de bienestar «organizado» como una etapa particular del desarrollo social —al que Schumpeter considera «a mitad de camino» entre capitalismo y socialismo— al que los socialistas democráticos han considerado siempre como parte del movimiento hacia una sociedad socialista. El objetivo de un movimiento de este tipo, como hoy podemos concebirlo, no difiere demasiado de lo que tradicionalmente ha afirmado el pensamiento socialista: se trata de lograr un sistema económico estable, no sometido a fluctuaciones violentas, capaz de un crecimiento razonable que no sea perjudicial para el medio ambiente y encaminado sobre todo a satisfacer las necesidades básicas de toda la población, y a crear

una sociedad mucho más igualitaria. Entre los instrumentos para lograr estos fines, la planificación y la propiedad pública han ocupado siempre un lugar prominente, que tienen que conservar, ya que es inconcebible que una sociedad socialista pueda construirse sobre la base de una economía capitalista.

Por supuesto, tanto la planificación como la propiedad pública presentan actualmente un panorama sombrío, y muchos socialistas parecen inclinados a adoptar una postura extremadamente defensiva al respecto, hasta el punto de estar dispuestos a renunciar a ellas sin más. Pero se han escrito muchas tonterías al respecto y nos corresponde a nosotros examinarlas más cuidadosamente. En primer lugar, la medida en que han fracasado la planificación y un tipo particular de propiedad estatal (aunque no de una manera total o a lo largo de toda su historia) en la Europa del Este debe considerarse en el contexto de las dictaduras políticas que en sí mismas representaron una distorsión de la economía. Y sobre todo fue el peso intolerable de esas dictaduras lo que llevó en un momento dado a la caída de los regímenes. Ya me he referido a algunos aspectos relacionados con estas cuestiones en otro lugar (Bottomore, 1990) y no voy a repetir aquí exhaustivamente mis argumentos. Pero es preciso hacer algunas precisiones importantes. Los argumentos en contra de la planificación en general son endeble en muchos aspectos. Puede sostenerse, y se ha hecho de una manera convincente, que el excepcional crecimiento que experimentaron las economías capitalistas después de la guerra, especialmente en Europa Occidental y Japón, se vio muy favorecido por una planificación gubernamental más extensa; y a esto podemos añadir que todavía hay diversas formas de planificación que siguen desempeñando un papel vital en muchas de estas economías, así como en asociaciones supranacionales como la Comunidad Europea. Por tanto, la confrontación real no se da entre quienes defendían una forma altamente centralizada, autoritaria, de planificación estatal, y los partidarios de una economía de mercado libre, totalmente desplanificada, que también resulta autoritaria en otros sentidos; sino entre quienes desean limitar la extensión de la planificación a lo que es indispensable para un funcionamiento eficaz de la propia economía capitalista, y los que pretenden usar la planificación como un poderoso instrumento para la creación de una sociedad socialista. Sobre esta última postura se cuenta ya con una literatura útil y lograda escrita por socialistas (véase, en particular, Nove, 1983; Devine, 1988; Breitenbach *et al.*,

1990), que expone de una manera práctica las posibilidades de una planificación económica y social eficaz, donde la planificación central de las decisiones macroeconómicas relacionadas con la inversión, la distribución de la renta y la estabilidad serían complementadas con otras disposiciones institucionales tales como los mercados (en la esfera del empleo y del consumo personal), cierto grado de competencia regulada entre los productores, democracia industrial en el ámbito de la empresa, y cierto tipo de control democrático por parte de los consumidores sobre los propios mercados. Esta obra reciente proporciona una base seria para discutir las líneas generales de una política económica socialista, y debería ampliarse mucho más.

La propiedad pública también es objeto de una renovada controversia intensificada una vez más por la caída de los regímenes comunistas, y también en este caso hay mucho folklore de derechas que rebatir. Entre las cuestiones planteadas con más frecuencia están la innovación y la eficiencia, por una parte, y el estancamiento burocrático, por otra, pero las críticas se caracterizan en su mayor parte por una repetición de las concepciones populares difundidas por los medios de comunicación más que por la presentación de resultados derivados de estudios comparativos sistemáticos. Tal como ha comentado un economista que escribió sobre cuestiones planteadas por la teoría de la empresa de Schumpeter: «... no se debe confiar en las impresiones fortuitas. La única manera que se me ocurre de considerar si la empresa pública o privada es realmente más eficiente sería hacer una muy minuciosa comparación internacional de, por ejemplo, la industria de la electricidad en manos privadas en los Estados Unidos y en manos del Estado en casi todos los demás países. Lo mismo habría que hacer para algunas otras industrias de este tipo... De todos modos, si el mito de que las empresas públicas son menos eficientes tiene alguna base real, todavía cabría preguntarse, como economistas, si hay alguna buena razón para que las empresas públicas sean menos eficientes» (Hammond, 1984, págs. 37-8). Si, no obstante, a falta de comparaciones rigurosas, recurrimos en alguna medida a «impresiones fortuitas», entonces no es demasiado difícil encontrar ejemplos de empresas de propiedad estatal que son eficientes e innovadoras, u observar el éxito económico relativo de las economías capitalistas en las cuales existe una propiedad pública considerable, mientras que la privatización de las empresas y servicios de propiedad estatal en Gran Bretaña dista

mucho de ser un éxito brillante para la economía en su conjunto.

La propia noción de «eficiencia» también merece un examen más atento. Podemos preguntar, en primer lugar, si una sociedad en la cual la productividad laboral por persona económicamente activa es más elevada (pero hay un nivel de desempleo considerable) es más o menos eficiente que otra en la cual la productividad laboral por habitante es más alta (porque hay un puesto de trabajo disponible para todo el que quiera trabajar). En segundo lugar, el valor de la eficiencia y de índices más elevados de crecimiento económico debe ser considerado también en relación con las condiciones de trabajo, los costes sociales del desempleo, los efectos más amplios de la insistencia en la competitividad individual, la utilidad de lo que se produce y las consecuencias que tiene la producción para el medio ambiente. También sobre estas cuestiones han hecho un trabajo muy meritorio los pensadores socialistas (véase Breitenbach *et al.*, cap. 5) que requiere ahora una ampliación y una mayor difusión dentro del movimiento socialista.

Quedan todavía más cuestiones que es preciso considerar por lo que respecta a la naturaleza y la extensión de la propiedad pública. Las grandes empresas estatales, que pueden ser convenientes o esenciales en algunos sectores —producción y suministro de energía, telecomunicaciones, redes nacionales ferroviarias y aéreas, servicios bancarios y financieros—, no son más que una forma de esa propiedad, ya que están también la propiedad municipal y las cooperativas; y la opción entre estas diferentes formas es una cuestión de política económica, que debería tener como objetivo central el mayor grado conseguible de descentralización y de participación tanto de los trabajadores como de los consumidores en la dirección de la empresa. Aun en los casos en que son inevitables las empresas estatales de grandes dimensiones de acuerdo con los criterios macroeconómicos esto no significa que deban ser cuestiones monopolistas; por el contrario, siempre que sea posible, deben existir varios productores o proveedores de servicios con un elemento de competencia regulada entre ellos. También en este campo se han formulado muchas propuestas prácticas en la literatura que he citado, y en el momento actual debería ser rentable para los socialistas embarcarse en un estudio más minucioso de proyectos para la organización de diversos tipos de empresas de propiedad pública (es decir, de propiedad social y cooperativa). Por último, habría que señalar que la propiedad social no implica la eliminación, en un futuro previsible, de toda la producción priva-

da de personas y familias; en realidad, ese tipo de trabajo individual, realizado en casa, puede seguir aumentando en las sociedades que dependen de la tecnología avanzada, y puede que esto sea así cada vez más en una sociedad socialista.

Para los socialistas, la planificación y la propiedad pública han tenido históricamente una importancia *social* fundamental, como medio esencial para reducir, y eliminar en un momento dado, las desigualdades de clase, y para extender la participación democrática y los derechos de los ciudadanos hasta el punto en el cual no sólo determinarían la producción y distribución de los medios de vida materiales esenciales, sino que crearían además, de una manera gradual, una nueva forma de vida social y cultural (Marshall y Bottomore, 1992). Lo que yo sostengo en este trabajo es que una reconstrucción radical de la economía a través de la planificación y la propiedad pública sigue siendo tan esencial como siempre para el logro de los objetivos más amplios del movimiento socialista. Es indudable que en el presente este proyecto se enfrenta a muchas dificultades en el seno de unas sociedades que son mucho más complejas tanto por lo que respecta a su estructura económica como a su sistema de clases; y además en un momento en que la caída de un tipo de economía centralmente planificada en las sociedades que se autoproclamaban «socialistas» de los países de la Europa del Este ha facilitado mucho las cosas a quienes se oponen a todo tipo de planificación y propiedad pública. Una cuestión vital que se nos plantea ahora es cómo deben responder los pensadores y políticos socialistas a esta situación. Si abandonan una parte importante del pensamiento económico socialista tenemos que preguntarnos cuáles se supone que deben ser precisamente los rasgos distintivos de una economía socialista y, por tanto, de una sociedad socialista; sin embargo, en gran parte de lo que se escribe actualmente sobre el tema, o bien echo en falta una respuesta clara, o bien encuentro una respuesta amortiguada que no parece guardar mucha relación con el socialismo. Y en la medida en que las concepciones de una economía socialista pierden toda claridad y distinción, también la crítica de la sociedad capitalista deja de ser rigurosa y sistemática, y eso en un momento en que las deficiencias del capitalismo —su inestabilidad, sus enormes desigualdades, su incapacidad para garantizar el pleno empleo, su burda comercialización de la vida social— se han vuelto a poner en evidencia de una manera escandalosa.

Un aspecto de los debates que se suscitan actualmente entre los socialistas y aquellos que, a falta de un término más preciso, tal vez podríamos llamar «postsocialistas», y al que deberíamos prestar una atención especial, es que por lo gene-

ral están dominados por el impacto inmediato de los acontecimientos y por consideraciones de corto plazo. Esto podría parecer perfectamente natural, pero los líderes políticos, y especialmente los pensadores socialistas, también tienen la obligación de tomar más distancia a la hora de considerar la evolución económica y social, abarcando por lo menos un plazo medio de unos veinte o treinta años. Considero que dentro de esa perspectiva pueden elaborarse de una manera rigurosa y convincente los principios de una economía socialista y sus implicaciones sociales. Pero a las cuestiones que acabo de plantear viene a sumarse otra de crucial importancia. En el nivel que ha alcanzado la economía internacional es prácticamente imposible que un país se embarque aisladamente en una mayor socialización de la economía, como sostuvo convincentemente un grupo de economistas socialistas que esbozó un proyecto para la recuperación europea (Holland, 1983) que bien merece una relectura en el momento actual, cuando la posibilidad de un nuevo avance del socialismo depende sobre todo de los esfuerzos conjuntos de los intelectuales socialistas y los partidos socialistas a lo largo y ancho de Europa. Para una renovación de este tipo de proyecto socialista, enfrentada a una especie de apatía, desilusión y prevenciones que siguieron a los acontecimientos de 1990, actualmente la opinión pública cuenta con una base favorable al crecimiento del Estado de bienestar y a la extensión de los derechos del ciudadano en el numeroso grupo socialista del Parlamento Europeo, en parte del trabajo de la Comisión Europea, en el movimiento de oposición cada vez más pujante dentro de la Europa del Este y en los problemas cada vez mayores a los que se enfrenta el capitalismo durante una fase de depresión.

BIBLIOGRAFIA

- Bottomore, Tom (1990), *The Socialist Economy: Theory and Practice* (Hemel Hempstead: Harvester Wheatsheaf).
- Breitenbach, Hans, Burden, Tom y Coates, David (1990), *Features of a Viable Socialism* (Hemel Hempstead: Harvester Wheatsheaf).
- Devine, Pat (1988), *Democracy and Economic Planning* (Oxford: Polity Press/Blackwell).
- Hammond, Peter J. (1984), «Schumpeterian themes in the modern welfare economics of production», en Seidl, Christian (comp.), *Lectures on Schumpeterian Economics* (Berlín: Springer-Verlag).
- Holland, Stuart (comp.) (1983), *Out of Crisis: A Project for European Recovery* (Nottingham: Spokesman Books).
- Marshall, T. H., y Bottomore, Tom (1992), *Citizenship and Social Class* (Londres: Pluto Press).
- Nove, Alec (1983), *The Economics of Feasible Socialism* (Londres: Allen & Unwin).